

# Mister Prescott y Lord Thomas

ENRIQUE KRAUZE

N EL INVIERNO DE 1847, al cumplirse el tercer centenario de la muerte de Hernán Cortés, los jefes y oficiales del ejército norteamericano de intervención acantonado en la ciudad de México, visitaban con frecuencia el antiguo Hospital de Jesús fundado por el conquistador para ver el cuadro de Cortés que conocían por el libro de William H. Prescott, publicado en 1843. El historiador Lucas Alamán, administrador del Hospital y de los bienes de la sucesión de Cortés, accedía de buen grado a mostrarlo no sólo por la "veneración" con que aquellos hombres lo veían sino porque era él quien había enviado a su amigo Prescott la copia del retrato que aparecía en su portada. Lo que seguramente no confió a los oficiales ni al propio Prescott fue el secreto que sólo él y los embajadores de España conocían: tapiada en algún sitio de aquel recinto, Alamán había escondido en 1836 una urna con los restos del conquistador. Los había rescatado en 1823 de una turba vengativa que pretendía quemarlos y esparcirlos al viento.

Alamán y Prescott llevaban años trabajando el mismo tema y dieron a luz sus obras con diferencia de meses. Las *Disertaciones* de Alamán llegarían a ser un clásico de la historia mexicana. La *History of the Conquest of Mexico* se convertiría casi instantáneamente en un clásico de la literatura histórica universal. La extraordinaria aceptación de la obra de Prescott en México\* debía mucho a la diligente labor de Alamán que revisó, anotó y, en algunos pasajes de texto latino, tradujo la obra de su colega. "Es cierto —le escribió Prescott, a pocos días de que estallase la Guerra entre México y Estados Unidos— que en su opinión conservo algo del viejo ácido puritano en mis estructuras anticatólicas. Una revista católica de Dublin duda de que a partir de mis escritos pueda descubrirse si soy católico o protestante. Un periódico católico de Baltimore me condena por deísta. El traductor de la *History of Ferdinand and Isabella*\*\* (Rector de la Universidad de Madrid), me condena por mi hostilidad a la Inquisición. De modo que en medio de todos ellos podría pasar como un cristiano muy liberal". ("It is true you think I savor something of the old Puritan acid in my anti-Catholic structures. A Roman Catholic Dublin review speaks of it as doubtful from my writings whether I am Catholic or Protestant. A

Baltimore Catholic Journal condemns me as a deist. The Madrid translator of "Ferdinand & Isabella" (Rector of the University of Madrid), condemns me for hostility to the Inquisition. So I think, between them all I may pass for a very liberal Christian".) Alamán, en el fondo, estaba de acuerdo. Por lo demás, conocía la oposición de Prescott a la guerra y a su preludio, la anexión de Texas. Y a pesar de la humillación histórica que sentía al ver ondear en el Palacio Nacional "el odioso pabellón de las barras y las estrellas", lo consolaba tal vez la paradoja de que fuese un historiador norteamericano quien reivindicara la figura de Cortés en el mundo.

En el mundo, pero a fin de cuentas no en México. La querrela entre quienes siguiendo a Alamán buscaban la preservación del legado cultural, religioso y político de Nueva España, y quienes atacándolo proponían romper con el pasado y adoptar formas culturales laicas, liberales y republicanas, era todo menos académica. Era la herida ideológica fundamental de la historia mexicana, que a mediados de siglo conduciría a una guerra civil. Esa guerra (llamada de la Reforma, 1858-1861) y su desenlace (la Intervención Francesa de 1862-1867), propiciaron la identificación ideológica de México con el pueblo azteca. En términos mitológicos y por motivos de legitimación, el nuevo Estado liberal y republicano presentó su triunfo sobre los conservadores y sus aliados, los invasores franceses, como una reversión justiciera de la historia. Mientras Benito Juárez y Porfirio Díaz levantaron estatuas a Cuauhtémoc, creció el encono hacia Cortés, "ese gran forajido —escribió un distinguido escritor y editor de la época, Ignacio Manuel Altamirano— a quien sólo su fortuna y el interés de España han podido colocar en el rango de los héroes, no habiendo sido su vida más que un tejido de bajezas y traiciones... de perfidias, asesinatos y crueldades". La política de conciliación religiosa que llevó a cabo el largo régimen de Porfirio Díaz (1876-1910), atenuó la animosidad. Se escribieron varias buenas historias de la Conquista, tributarias todas de la de Prescott. Pero al comenzar el siglo XX, la Revolución Mexicana (1910-1920), con su cauda popular y campesina, reabrió la herida: santificó la causa indigenista y demonizó a Cortés.

En los años veinte, Diego Rivera pintó a un Cortés sifilitico y deforme al mando de una banda insaciable de esclavistas bendecidos por la Cruz. Con mayor sutileza, otro muralista, José Clemente Orozco, plasmó al Adán y Eva del México mestizo: las figuras poderosas y hieráticas de Cortés y su amante-traductora (La Malinche), las manos

\* Se hicieron dos ediciones distintas y simultáneas de la obra de Prescott. Alamán en sus disertaciones da una cifra de venta que parece increíble: 50 000 ejemplares.

\*\* El título en español fue *La historia de los Reyes católicos*.

enlazadas y a sus pies el cuerpo de un indio muerto. A juicio de Octavio Paz, es la representación trágica del "mito negro" de Cortés, un mito no sólo estéril, también anacrónico, desintegrador y en última instancia falso: "nos impide vernos en nuestro pasado y, sobre todo, impide la reconciliación de México con su otra mitad... Cortés debe ser restituido al sitio a que pertenece, con toda su grandeza y todos sus defectos: a la historia".

Durante el Quinto Centenario, un nuevo Alaman, el escritor mexicano, José Luis Martínez, comenzó la labor de restitución reclamada por Paz. Publicó la primera biografía verdaderamente moderna, documentada e inteligente, del conquistador. Al poco tiempo, un nuevo Prescott apareció en el firmamento: Hugh Thomas. No es un aristócrata de Boston pero casi: un Lord inglés. Su libro: *Conquest, Motezuma, Cortés and the fall of old Mexico*. ¿disipará finalmente el mito negro?

\* \* \*

Prescott empleó lo mejor de sus empeños literarios (literary labor) en arar en "La auténtica tierra de Castilla" ("True Castilian soil"). Comenzó por reconstruir la era de los Reyes católicos y terminó recreando las conquistas de México y Perú. Perteneció al grupo de escritores norteamericanos que por un excepcional impulso de apertura, se interesaron en el mundo hispánico e hispanoamericano: Longfellow, Melville, Cooper, Irving. En lo político era whig, federalista, antiesclavista. Sus lecturas y sus gustos estéticos propendían naturalmente al romanticismo. Según la *Edinburgh Review* sus bosquejos y paisajes, sus escenas espectaculares y sus caracteres heroicos no palidecían frente a los de Walter Scott y sus batallas rivalizaban con las de Napier. Pero si su corazón pertenecía al romanticismo, su mente era dieciochesca: erudición, sentido crítico, ponderación en el juicio. Que Prescott necesitaba sobre todo de estas prendas es algo que entrevió Washington Irving cuando en 1838 "regaló" a su admirador colega el tema de la Conquista de México: "es preciso dedicarle mucho trabajo, búsquedas pacientes y cuidadosa discriminación para llegar a la verdad y para disipar el magnífico *mirage* dentro del cual se envuelve". Víctima de una tierna enfermedad de los ojos, Prescott sólo viajó por las tierras mexicanas a través de libros, los documentos y todos los medios visuales a su alcance. Mientras escribía su obra, envió a su amiga Francis Inglis (la Marquesa Calderón de la Barca, autora de *Life in México* cuya publicación impulsaría Prescott), un daguerrotipo para obtener placas con los paisajes mexicanos. Casi ciego, su mérito mayor fue *ver* la oportunidad de narrar una vez más ese "drama memorable": la Conquista de México.

"Quien sólo conoce España no conoce España", dijo alguna vez Hugh Thomas. Como su ilustre antecesor, ha empleado sus años en arar en la auténtica tierra castellana. Igual que Prescott, publicó en primera instancia un libro sobre España: *La guerra civil española*; más tarde, como Cortés, pasó a Cuba y escribió *The Pursuit of Freedom*. Y finalmente, como Prescott y Cortés, desembarcó en México. Perteneció al grupo de historiadores ingleses que han escrito las obras fundamentales sobre el orbe hispánico: Elliot, Carr, Brading. En política fue laborista y se volvió conservador, pero

en todo caso un conservador muy liberal. Hace tiempo abandonó el romanticismo ideológico de su juventud, pero conserva el romanticismo del viajero fascinado por personas y culturas distintas, remotas. Cuando trabajaba en su investigación sobre la Conquista, se hospedaba en el centro de la ciudad de México, recorría las antiguas calles y edificios coloniales, frecuentaba los sitios de verbena y los comedores populares y recorría en chalupa los canales de Xochimilco, los únicos que recuerdan a la Venecia ultramarina que fue Tenochtitlán. Los valores específicos de su obra son la solidez y profusión documental y el equilibrio en el juicio. Necesitó de ambos para despejar esa selva de ideas e ideologías encontradas que fue la guerra civil española. Su mayor aporte —inmensamente educativo para el público español, que sigue leyendo la obra—, fue mostrar que la historia no es blanca ni negra. El día que en Cuba los cubanos puedan leer verdaderos libros sobre Cuba, la obra de Thomas (cuya consulta en la Biblioteca Nacional de Cuba requiere permiso oficial) introducirá una sana perspectiva en esa historia tan apasionante como trágica. Faltaba la siguiente estación: "De tiempo atrás, sabía por mis lecturas y por mis visitas ocasionales que México posee una riqueza inagotable de historia, de imaginación literaria, de variedad geográfica. Pensé que si iba a escribir de nueva cuenta sobre Latinoamérica, debía escoger la más antigua, la más compleja, la más interesante de sus culturas". Su mérito fue escoger el momento más interesante y más complejo de esa cultura, *ver* la oportunidad de reescribir aquel "drama memorable": la Conquista de México.

\* \* \*

Alamán admiraba la "abundancia de noticias" en el libro de Prescott. La obra, en efecto, descansaba en fuentes mexicanas, hispanas y generales. Entre las primeras sobresalían cuando menos cuatro códices (recogidos en *Antiquities of México* de Lord Kingsborough), varios documentos y manuscritos que editaría en 1856 otro amigo y corresponsal de Prescott —el bibliógrafo Joaquín García Icazbalceta—, obras de autores de alto linaje indígena que no vivieron la Conquista (Ixtilxóchitl, Alvarado Tezozomoc) y hasta las Ordenanzas Municipales dadas por Cortés en 1524 que le proporcionó Alamán. El rubro hispánico era mucho más extenso: lo integraba buena parte de la bibliografía histórica sobre las Indias: desde las obras más conocidas como las *Cartas de Relación* de Cortés o las de los dos cronistas clásicos Gómara y Bernal Díaz del Castillo hasta las últimas historias generales, escritas en el siglo XVIII. Esta fundamentación determinó la naturaleza de la obra. Prescott vio la historia y la cultura prehispánicas de México a través de los ojos de los conquistadores y colonizadores, que aun en los casos más piadosos refractaban la visión que hacía falta para comprender el drama en toda su dimensión: la visión de los vencidos. Con todo el espíritu de comprensión y la eventual simpatía con la que trató a la "Civilización azteca", Prescott no ocultaba la aversión que le producían aquella gente "bárbara" (el adjetivo aparece innumerables veces en su texto). Como buen hijo de su tiempo, Prescott creía a pie juntillas en la historia lineal y concebía a Cortés como el enviado de una civilización si no redentora al menos superior.

Hugh Thomas puede dudar del progreso indefectible de las civilizaciones, pero hay un progreso indudable que atestigüa su propia obra: el de las ciencias históricas sobre México. Gracias en parte al auge indigenista que prohijó la Revolución Mexicana, los avances en el conocimiento del México antiguo han sido impresionantes. Thomas ha hecho un uso exhaustivo de este acervo académico debido a investigadores mexicanos y norteamericanos, pero un rasgo distintivo en su obra (sobre todo frente a Prescott) es el uso de fuentes primarias para acercarse al mundo indígena. Dos ejemplos entre muchos otros, que Prescott no alcanzó a conocer: el *Códice Florentino* del siglo XVI, quizá la obra de factura indígena más rica sobre la vida cotidiana de los mexicanos; y la *Historia de las Indias de Nueva España* compuesta a mediados del siglo XVI por el dominico Fray Diego Durán, hombre que desde la infancia vivió en México, habló con testigos presenciales de la época anterior a la Conquista y recobró con perspicacia casi moderna la torturada psicología de Moctezuma. El puntual conocimiento de las fuentes secundarias españolas permite a Thomas enriquecer su perspectiva, pero aquí también sorprende la "abundancia de noticias". De sus pesquisas en el Archivo de Indias en Sevilla, Thomas extrajo varios documentos raros e inéditos, e hizo algunos hallazgos significativos (Cortés salió de España en 1506 y no en 1504, como se suponía). Junto con las colecciones desconocidas en tiempos de Prescott (el *Códice Ramírez*, el disperso acervo de Conway, entre varias otras) destacan los extraordinarios testimonios de casi 300 compañeros de Cortés (relaciones de méritos y servicios) desdenados o desconocidos por Prescott) y las 6 000 páginas que integran el inconcluso "juicio de residencia" que se entabló en 1529 contra el propio conquistador. Prescott desechó por farragosos algunos de estos materiales. Thomas extrae de ellos, como en una mina abandonada a la que se aplican métodos modernos, un metal histórico de altísimo valor.

\* \* \*

A primera vista, por el índice general, las dos *Conquistas* son composiciones similares en ritmo y estructura. Ambas parten de una visión del mundo indígena, vuelven a la España expansiva y convulsa de los años posteriores a la Reconquista, enfocan a Cortés en su juventud y finalmente se concentran en su gran empresa: el desembarco en Veracruz, la marcha por mil motivos reveladora y azarosa hasta Tenochtitlan, el encuentro con Moctezuma —el "verdadero descubrimiento de América", dice Thomas—, el dominio político, casi el encantamiento que ese pequeño grupo de castellanos ejerció sobre una inmensa población hechizada, la reacción de los mexicanos, el repliegue español en tierras de sus aliados indígenas, el cerco por agua a la ciudad, la guerra, la peste, el hambre, la caída y destrucción final de aquella "nueva Venecia" (13 de agosto de 1521). Ambos dedican un breve capítulo final a la vida subsiguiente de Cortés hasta su muerte en Castilleja de la Cuesta, cerca de Sevilla.

Pero apenas avanza en las primeras páginas, el lector advierte diferencias esenciales. No es sólo el tono (épico, poético, a menudo digresivo en Prescott; claro, directo, contenido en Thomas). Es la textura narrativa que los distingue y que proviene de la diferencia abismal de información en

favor de Thomas. Lo que, sin apartarse necesariamente de la verdad, Prescott recrea o evoca con los colores de su emotividad o su imaginación literaria, Thomas los puebla de densidad informativa: un alud, a veces vertiginoso, otras pausado, de hechos, personas, dichos. Hay escenas que corrigen o afinan las pinceladas románticas, muchas otras que sencillamente no están en Prescott, datos que enriquecen la versión previa y, en fin, multitud de imágenes, de minucias si se quiere, que son la clave de la eficaz recreación. Es como si un cuadro de Delacroix comenzara a revelar tras de sí un cuadro distinto, tan atroz a veces en sus detalles que parece pintado por Brueghel.

"El establecimiento doméstico de Moctezuma —escribe Prescott— participaba del bárbaro esplendor de todo lo que le rodeaba. Podía lisonjearse de tener las mismas mujeres que se encuentran en el harén de un sultán oriental". Enseguida describía con más fantasía que sustento los "misterios de aquella ciencia gastronómica". No entendía —¿lo había probado?— que el emperador gustara del *chocolate* ("esta bebida, si así puede llamarse") y concluía con una larga digresión sobre "las deliciosas frutas de los trópicos tomadas el día anterior en las amenas florestas de la *tierra caliente*...". Ya Alamán había notado los excesos románticos en el pasaje (muchas frutas que se dan muy bien en México, como la naranja y el plátano, llegaron después de la Conquista). Por su parte, Thomas lo modera borrando las referencias orientales: Moctezuma tiene una esposa legítima, otras "esposas importantes" y "numerosas concubinas"; en "las comidas probaba algunos de los innumerables platos" que se le servían. Lo cierto, según se desprende de varias fuentes indígenas que Prescott no alcanzó a consultar, es que la vida cotidiana de un *Tlatoani* estaba más cerca de Séneca que de las *Noches árabes*.

Uno de los instantes más dramáticos de la Conquista ocurre cuando Cortés asciende a la pirámide de Huitzilopochtli y derriba los dioses mexicanos. Recuerda el realto bíblico de Moisés rompiendo a pedazos el becerro de oro. Aquí Prescott adopta una postura escéptica —mezclada con su "viejo ácido puritano"—: lo considera "improbable por quijotesco" y lo describe brevemente, sin mayor detalle. En Thomas el episodio cobra su verdadera dimensión. Basado en el testimonio de Andrés de Tapia, descubrimos que Cortés planeó los hechos cuidadosamente, que mandó al propio Tapia para explorar el sitio, que más tarde "subió como por pasatiempo":

y exigió a los sacerdotes que colocaran inmediatamente las imágenes de Cristo y de la virgen y limpiaran las paredes a fin de quitar todo rastro de sangre. Los sacerdotes se rieron: de hacerlo, el imperio en su totalidad, y no sólo Tenochtitlan, se alzaría contra los españoles. Cortés mandó a uno de sus hombres a los aposentos de Moctezuma a fin de "tener a buen recaudo" al emperador y ordenó que entre treinta y cuarenta hombres fuesen al templo. Pero aun antes de que estos llegaran, el caudillo "enojose de (las) palabras que oía, y tomó con una barra de hierro en los ídolos de pedrería; y yo prometo mi fe de gentil hombre, y juro por Dios que es verdad que (Cortés) saltaba sobrenatural y se abalanzaba tomando la barra por en medio a dar en lo más alto de los ojos de los ídolos y así les quitó las máscaras de oro con la barra diciendo "a algo hemos de poner por Dios".

Después de su expulsión de Tenochtitlán, en el momento más sombrío de su empresa, muchos de los pueblos aliados a Cortés comenzaron a desertar o a resistir a los españoles. Uno de esos pueblos tenía su asiento en Tepeaca. A pesar de que lo ocurrido allí está en las propias *Cartas de Relación* de Cortés, Prescott lo pasó por alto. Es un nombre y nada más, en su historia. En Thomas, Tepeaca es sinónimo de una batalla terrible y una semana más atroz, si cabe, que las dos grandes matanzas perpetradas por los españoles hasta ese momento: la de Cholula, ordenada por Cortés; y la del Templo Mayor, ordenada en ausencia de Cortés por su lugarteniente Pedro de Alvarado y en la que murieron miles de nobles mexicas. Como un acto de venganza, advertencia y escarmiento, en Tepeaca los españoles y los tlaxcaltecas mataron quizá 15 000 hombres; redujeron a la esclavitud a mujeres y niños y los herraron en las mejillas; algunos tepeacanos fueron desgarrados a pedazos por perros (de allí el odioso verbo "aperrear"). Los cuerpos, hay que notar, no se desecharon: fueron la materia del gran festín gastronómico de los tlaxcaltecas que Cortés alentó y que, en algún caso, incluyó a un comensal castellano saboreando un hígado mexicana. Uno de los grandes méritos de Thomas está en la consignación paralela de las atrocidades españolas y mexicanas. Con todo, Thomas no incurre en la fácil demagogia del relativismo cultural: sin llegar al extremo de Prescott para quien "las viciosas instituciones de los aztecas ofrecían la mejor apología para su conquista", apunta de entrada: "el sacrificio humano en México era único por su cantidad y por el esplendor que se daba a la ceremonia que acompañaba al espectáculo, así como por su significado en la religión oficial".

Correcciones, afinamientos, descubrimientos, pero sobre todo infinidad de detalles: la raza de los perros que venían en la expedición ("probablemente mastines o perros de caza irlandeses"), la genealogía precisa de decenas de conquistadores, el inventario completo de cargamento en la flota, frases memorables ("Vámos, que nada nos falta", exclamó Cortés el día siguiente de su derrota), la materia del linimento que utilizaban los españoles para curar sus heridas, las urgencias eróticas de Cortés que en plena retirada "se había echado con una doña Francisca" hija del rey Cacama, los macabros procedimientos de guerra psicológica que empleaban los mexica (cabezas asidas a un pie que cruzaban las ventanas de los españoles por las noches). En el momento crucial de la Batalla de Tenochtitlán, esta textura de los hechos alcanza un efecto casi cinematográfico.

\*\*\*

¿Cómo pudo un pequeño ejército de cientos de soldados castellanos doblegar a millones de mexicas y a su poderosa teocracia militar? Este ha sido uno de los grandes misterios de la historia. Prescott lo abordó con las concepciones históricas de su tiempo: una cultura más adelantada subyuga y al subyugar eleva, a las "naciones bárbaras que necesariamente viven de una manera más confusa... que el hombre civilizado". Lo que es más importante, por primera vez Prescott transformó a ese misterio un carácter de drama romántico. Thomas no parte de una concepción histórica sino de las evidencias que en su misma acumulación deshacen la

urdimbre romántica y se acercan más fielmente a la realidad. Los castellanos ganaron, en primer lugar, porque su bagaje de tecnología militar era infinitamente superior. Sus adversarios temían a los caballos, al "rayo feroz" de los arcabuces y cañones, usaban flechas y no lanzas, pero su limitación era sobre todo cultural: no conocían ni concebían la batalla larga y de desgaste, el combate a distancia, los ataques imprevistos o nocturnos y, menos aún, el cerco anfibio; no hacían la guerra para matar sino para tomar prisioneros y ofrecerlos en sacrificio. Frente a las ballistas españolas, los mexicas jugaban "encantados". Esta minucia ritual salvó al propio Cortés de la muerte segura en cuando menos dos ocasiones. Los castellanos tenían tras de sí un repertorio de siglos: desde Troya hasta la Reconquista. En ningún aspecto fue más costoso el aislamiento histórico de los mexicas que en lo militar.

Otro elemento no menos importante fue la guerra intestina entre los señoríos indígenas. Es sabida la prontitud con que Cortés advirtió el odio contra los mexicas y la sagacidad maquiavélica con que lo aprovechó para sus planes. Con toda su amplia ventaja cultural y tecnológica, si Cortés no hubiera contado con los Tlaxcaltecas, la conquista hubiese sido impensable. Y si Cuicuilhuac y Cuahtémoc —los últimos dos *Tlatoanis* mexicas— hubiesen convencido al poderoso reino tarasco de apoyarlos, la conquista hubiese sido imposible. Cabe imaginar que muerto Cortés, el imperio español hubiese atacado de nuevo, pero esta vez hubiera encontrado a un enemigo unido, adueñado parcialmente de la nueva tecnología (los aztecas adaptaban ya puntas de metal y obsidiana a las lanzas toledanas) y, sobre todo, acaudillado por un *Tlatoani* conciente del carácter mortal y no divino de los españoles. En ese caso, la Conquista se habría diferido años o decenios y probablemente hubiese adoptado una configuración insospechada. —Sugiere Thomas— semejante a la del Japón Meiji. Un dato más que determinó el desenlace fue la epidemia de viruela: los virus militaban del lado español. Pero si hay una clave maestra en el libro de Thomas para explicar el misterio es la relación entre Cortés y Moctezuma. Significativamente, el subtítulo de su obra en inglés es *Moctezuma, Cortés and the Fall of Old Mexico*.

\*\*\*

El libro de Prescott —cuyo subtítulo alude sólo a Cortés— tiene a Moctezuma por un déspota oriental, "tártaro" para mayor precisión, que habiendo sido sacerdote y guerrero en su juventud denotaba en su madurez "un refinamiento mezclado tal vez de una afeminación que no conocieron sus marciales antecesores" y que le recuerda la maligna "infección de costumbres persas" en Alejandro referida por Tito Livio. Basado en una vasta documentación y bibliografía sobre el tema, Thomas describe cuidadosamente cada momento, cada matiz en la tragedia psicológica de Moctezuma. A partir del desembarco de Cortés, la narración vuelve una y otra vez a Tenochtitlán, donde el melancólico *Tlatoani* confirma el fin ineluctable de su imperio, previsto, temido, leído por él, desde hacía tiempo, en una macabra conjunción de sueños, profecías y malos agüeros que van cobrando realidad. Sentía que la rueda fatal de la historia, la misma que había condenado a los toltecas y a los remotos habitantes de Teotihuacan,

lo condenaba. "Debe de haber vuelto a gozar de lo que es suyo —habría dicho Moctezuma— pues este trono, silla y majestad de prestado lo tengo". Prescott consigna la identificación que hizo Moctezuma de Cortés con la vuelta del dios Quetzalcóatl, pero no la resalta. Thomas, por el contrario, se adentra en la significación práctica de ese mito que Cortés manipula a la perfección. A los ojos de los enviados de Moctezuma, en efecto, los españoles eran dioses (*teules*); no podrían enfrentarlos, "somos nada comparados con ellos".

Los dioses lo habían abandonado. Moctezuma —apunta Thomas, citando al imprescindible Durán— les reprochó haber traído a sus pueblos tan lamentable suerte y

esta lamentosa plática y querrela hizo delante de ...todo el pueblo, con muchas y abundosas lágrimas, dando a entender... la pena que recibía de la venida de estas nuevas gentes, pidiéndoles a esos mismos dioses se apiadases de los pobres, de los huérfanos y de las viudas, de los niños y de los viejos y las viejas, ofreciendo sacrificios y ofrendas con mucha devoción y lágrimas y sacrificándose y sacando la sangre de sus brazos y orejas y de sus espinillas, todo para mostrar su inocencia y lo que de la venida de los españoles se dolía.

Thomas arguye que luego del encuentro, Cortés discurrió la idea genial de "secuestrar" al *Tlatoani*: Moctezuma gobernaría a los mexicas y Cortés gobernaría a Moctezuma. El concepto es útil para entender el vínculo de dependencia reciente, la "entrega del ser" y el desconcertante cariño que Moctezuma sintió frente a Cortés a quien —según Tapia— llegó a "querer como a un hermano". Ayuda también a revelar las emociones de Cortés frente a su víctima: por un lado desprecio (se refería a él, frecuentemente, como a un "perro"), por otro curiosidad, atención a su consejo (al pueblo hay que tratarlo no "por amor sino por temor") y hasta un extraño afecto fincado en las muchas horas que compartieron ya fuese en juegos de azar o en las pláticas de las que nos han llegado sólo tenues versiones. Aunque Thomas consigna el lento y tardío despertar de Moctezuma (se atreve a dudar, escucha a sus consejeros más radicales, no accede de buen grado al formal vasallaje del soberano español) piensa que Cortés "hipnotizó a Moctezuma hasta el final, particularmente al final cuando ya no podía depender de nadie". Una misteriosa convergencia los unió desde el primer momento: querían pensarse, descifrarse mutuamente. Antes de morir, Moctezuma le confió a sus hijas. Cortés cumplió su promesa: las protegió siempre, sobre todo a Doña Isabel, la hermosa y melancólica Tecuichpo, de quien tuvo una hija: Leonor Cortés.

"Secuestro" es la palabra justa, pero no sólo para explicar la estrategia de Cortés y la relación de mutuo amor-odio que entabló con Moctezuma, sino para describir la inmovilidad que aquel monarca absoluto "excepcionalmente supersticioso aun para un mexicano", impuso a su pueblo sin que éste —preso a su vez de una ética cerrada a toda improvisación y de un paralizante respeto a su soberano absoluto— pudiera reaccionar. Porque antes que cautivo de Cortés, Moctezuma fue un cautivo de su propia cosmogonía. Transfirió, regaló a los conquistadores, la inseguridad de los mexicas frente a sus dioses, la insignificancia que sentían frente a ellos. ¿Cabe hablar del suicidio de la civilización

azteca? El suicidio, como sacrificio supremo, no como ofrenda ritual, supone al menos una vaga conciencia de la propia individualidad. Las decenas de miles de mexicas que tras la caída de Tenochtitlan se arrojaban junto con sus mujeres y niños a las acequias de la ciudad cometían, acaso, un primer acto de apropiación de la cultura occidental: se suicidaban porque *despertaban* de la pesadilla cosmogónica a que los había reducido el secuestro de Moctezuma y ese despertar les parecía intolerable.

\* \* \*

Desde su obediencia al primer agüero, Moctezuma abrió una especie de hueco histórico. El temible guerrero que había ampliado los confines de su imperio se colocó en una posición extraña para él: la posición de la espera. Cortés fue el hombre que acudió a la cita y supo llenar el vacío. El *cómo* de su hazaña está en ambos historiadores y quizá es, aún ahora, más emocionante y vivido leerlo en Prescott. El *por qué* sin embargo, aparece más nitidamente en Thomas.

Prescott pasa muy rápido por las mocedades de Cortés, se detiene apenas en sus años de aprendizaje en La Española y Cuba (1506-1519). Le interesa menos comprender o explicar a Cortés que recrear su saga. Thomas, en cambio, recobra pistas biográficas que presagian al futuro conquistador: la turbulencia histórica de Medellín, ciudad natal de Cortés, y la turbulencia política de su familia, más proclive a las empresas guerreras independientes que a la obediencia cortesana al conde de Medellín y la corona; por parte del padre, una genealogía militar; por parte de la madre, una genealogía intelectual. Cortés hizo estudios de derecho en Salamanca, lecturas de gramática y Latin, y tuvo varias ocupaciones que aportaron una experiencia invaluable a su empresa de Conquista: desde monaguillo hasta ayudante de escribano. Tuvo contacto con las desvanecientes culturas árabe y judía y desarrolló así —como la mayoría de sus compañeros originarios de Andalucía— una cierta sensibilidad hacia gente y mentes extrañas. Vivió en la suntuosa Valladolid en el gozne de la Edad Media y el Renacimiento, y soñó trocar su condición de hidalgo pobre por la de un gran señor, no tanto en oro —aunque también— como en "honra y gloria". Sus posteriores peripecias no son menos significativas: es escribano, alcalde, el primer ganadero de Cuba y, finalmente "caudillo" —palabra que se empleaba ya en las instrucciones que recibió— de la tercera expedición a las prometedoras tierras que dos capitanes españoles habían explorado antes que él sin mayor fortuna.

En esencia, el Cortés de Prescott y el de Thomas son similares. "El rasgo saliente de su carácter —opina Prescott— era la constancia de propósito". Thomas lo documenta en innumerables ocasiones: Cortés rompe con el gobernador de Cuba, encalla los barcos en Veracruz, avanza sin nunca retroceder, se sobrepone a los dubitativos, temerosos o traidores, no lo disuaden los enviados de Moctezuma, reprime la expedición española que venía en su búsqueda, no decae ante la derrota en Tenochtitlán. Para Prescott, Cortés es "un caballero errante en el sentido literal de la palabra" y, al mismo tiempo, un verdadero comandante que con los medios más exigüos imaginables "reunió alrededor suyo la colección más heterogénea de mercenarios que

hayan luchado jamás bajo un mismo estandarte". Admira su "versatilidad", sus "talentos polémicos", el "tinte académico" de sus actos y discursos; niega que haya sido cruel, "o al menos indiscriminadamente cruel"; pasa por alto su carácter mundano, elogia su espíritu de camaradería, lamenta su fanatismo religioso, y finalmente agrega: "Cortés no fue un conquistador vulgar. No conquistaba por la sola ambición de conquistar. Si destruyó la antigua capital de los aztecas, fue para construir otra, de mayor magnificencia, sobre sus ruinas".

El Cortés de Thomas es un poco más renacentista. No un caballero errante sino un descubridor insaciable de tierras, novedades, horizontes. Y aunque construyó bergantines, planeó el cerco naval e ideó un rudimentario tanque, más que un gran militar lo considera un "político supremo", *El Príncipe* en acción: escruta las mentes ajenas, disimula la propia, circunvala siempre que puede la violencia, nunca desespera de la diplomacia, aprovecha las mínimas oportunidades para ganar posiciones, si no persuade con palabras cohecha, si no cohecha intimida, si no intimida elimina. Naturalmente, el Cortés de Thomas resulta más cruel que el de Prescott pero su violencia, en efecto, era siempre un medio político y no un fin. Thomas, no critica el fanatismo misionero de Cortés, pero lo considera reactivo: creció en la medida en que advirtió la profundidad religiosa de sus oponentes.

*Tlatoani* en náhuatl quiere decir "el de la voz", "el de la palabra". Cortés era un "Tlatoani" perfecto. Sorprenden siempre sus frases improvisadas, sus citas en latín y sus prédicas religiosas. Sus discursos antes de la guerra recuerdan a Pericles en Tucídides. Cortés se veía en la figura de César y como él escribió una autobiografía en campaña. Thomas, hay que decirlo, no hace honor a esta faceta de Cortés. Teniendo a mano las *Cartas de Relación* y otros documentos en que se puede escuchar a Cortés, el libro casi omite su voz.

Cortés, el de Prescott o el de Thomas, resulta en suma el reverso histórico de Moctezuma: mientras éste espera aquel avanza, avanza impulsado por su propia formación y carácter, avanza en busca de "prez y honra" y oro, avanza porque lo atrae como un imán la simétrica debilidad de su oponente, y avanza porque lo empuja no una civilización superior pero sí una cultura más segura de sí misma, más consciente de sí misma, más curiosa por descubrir nuevas tierras y horizontes.

\*\*\*

"Cortés —escribió Prescott— no fue un conquistador vulgar. No conquistaba por la sola ambición de conquistar. Si destruyó la antigua capital de los Aztecas, fue para construir otra, de mayor magnificencia, sobre sus ruinas". Thomas suscribiría todo el párrafo salvo la comparación favorable a la nueva capital. Ambos historiadores se refieren con igual brevedad pero no menos aprecio a esa obra que acaudilló Cortés.

Además de la construcción de una nueva ciudad con las piedras de la antigua, se fundaron varias otras villas y ciudades; Cortés envió —y en algún caso encabezó— expediciones de conquista a los cuatro puntos cardinales, desde Michoacán hasta las actuales Guatemala y Honduras; llegaron, a petición suya, los primeros doce franciscanos que

en tantos sentidos fundaron la espiritualidad cristiana en México; obsesionado por el recuerdo de la desaparición de los indios en el Caribe, reglamentó paternalmente el trabajo personal de los indios y ordenó que los castellanos trajeran a sus mujeres y se asentaran definitivamente en las nuevas tierras; por unos años gobernó los territorios conquistados como monarca absoluto, pero respetó los hábitos económicos de los indios (como se lo había aconsejado Moctezuma) y procuró su compatibilidad con las formas de gobierno español; importó vacas, ovejas, cerdos, yeguas; sembró caña de azúcar, trigo, morera, seda; descubrió y explotó las primeras minas; construyó (¿con propósitos independentistas?) cañones y fortificaciones; descubrió el Mar del Sur y propuso al Emperador ampliar sus dominios, hasta llegar quizá a la China; su idea fija era poblar, "industrializar" y evangelizar el vasto y variado territorio que él mismo bautizó como Nueva España.

Este Cortés fundador está en ambos historiadores, pero no en la conciencia pública mexicana. En el corazón mismo de la ciudad de México, el más antiguo monumento cívico (1887) recuerda el tormento al que Cortés sometió al valeroso Cuauhtémoc, arbitrio desesperado e inútil para extraer de él el sitio exacto en donde había enterrado el tesoro imperial. Habiendo intentado previamente colgarse "de un árbol y se ahorcar" el desdichado *Tlatoani* sufrió la quemadura de pies y manos, quedó tullido y años más tarde fue muerto por órdenes de Cortés. Estas y otras infamias también están en ambos historiadores y explican, junto con la crueldad propia de la Conquista que cualquier niño mexicano aprende en la escuela, la tenaz persistencia del mito. "Nuestra admiración al héroe —escribió Manuel Orozco y Berra, ponderado historiador del siglo XIX— nunca nuestro cariño al conquistador". La suerte posterior de aquella urna con los huesos de Cortés habla por sí misma: fue redescubierta de manera casi fortuita en 1947 y sigue allí, olvidada. Ninguna calle, ninguna estatua, ninguna ciudad, apenas algunos sitios que marcan su itinerario (el Mar de Cortés en California, el Paso de Cortés entre los volcanes, el Palacio de Cortés en Cuernavaca) se atreven a mencionar el nombre maldito.

"El mito nació de la ideología —escribió Paz— y sólo la crítica a la ideología podrá disiparlo". Pero hay algo más poderoso que la ideología: la propia Historia. Hoy en día, el "mito negro" de Cortés no se ha profundizado ni se ha resuelto: se ha desvanecido. En el crepúsculo general de las ideologías, la memoria de los mexicanos se aleja cada vez más del trauma de la Conquista que desveló y enfrentó a sus antepasados. Sólo entre algunos núcleos indígenas, sobre todo el de Chiapas, persiste (y se justifica) la queja de "los males que nos trajeron los españoles". Pero más importante que el desgaste del tiempo es el sedimento de la verdad en el tiempo. La experiencia histórica de México arroja un veredicto que acerca el mito a la verdad: la conquista de México fue el drama terrible que narran Prescott y Thomas pero en tiempos que siguieron fue también —y lo fue, como sostiene Luis González, acaso de manera más decisiva— una conquista en el sentido constructivo de la palabra, un acto que ganó la voluntad y aún el amor del pueblo conquistado. Porque a diferencia de todos los pueblos de América —los que exterminaron a su población indígena o los que la segre-

garon—, la peculiaridad mayor de la historia mexicana reside en el largo proceso de *convergencia* entre la cultura española y las culturas indígenas llamado mestizaje. Si esa experiencia histórica de México se reflejara en una imagen, sería la de Moctezuma y Cortés hablando, aprendiendo uno del otro, descifrándose mutuamente. Y si se plasmara en un mural, al pie de Cortés y La Malinche no yacería un indio muerto sin un mestizo vivo.

Mister Prescott no disipó el "mito negro". Tampoco Lord Thomas lo disipará. Los libros no suelen ser tan poderosos. Sus obras rinden un servicio más humilde, más precioso: relatar de nueva cuenta, como se relata el Exodo, la Guerra de Troya o las Cruzadas, los sucesos grandes y maravillosos que ocurrieron en el cruel altiplano de México, que fue teatro alguna vez de "cosas de encantamiento... nunca oídas, ni vistas, ni aún soñadas".

## BIBLIOGRAFÍA

- Iglesia, Ramón, *Cronistas e historiadores de la Conquista de México*, México, El Colegio de México, 1980. 295 pp. (Nueva Serie núm. 31).
- *El Hombre Colón y otros ensayos*, México, El Colegio de México, 1944. 306 pp.
- Krauze, Enrique, *Personas e Ideas*, México, Editorial Vuelta, 1989. 221 pp.
- *Siglo de Caudillos*, México, Tusquets-Patria, 1994.
- Paz, Octavio, *El Peregrino en su patria, en México en la Obra de Octavio Paz*, vol. I México, Fondo de Cultura Económica, 1987. Edic. de Octavio Paz y Luis Mario Schneider, 766 pp.
- Prescott, William H., *Historia de la Conquista de México*, México, Editorial Porrúa, S.A., 1970. prólogo, notas y apéndices por José A. Ortega y Medina, (Col. Sepan Cuántos núm. 150).
- Thomas, Hugh, *The Real Discovery of America: Mexico november 8, 1519*. Mont Kisko and London, Moyer Bell Limited, 1992, 58 pp. (Anshen Transdisciplinary Lectership in Art, Science and the Philosphy Culture, monograph one)
- *Conquest, Moctezuma, Cortés and the Falla of Old Mexico* New York, Simon and Schuster, 1993, 812 p. *Fuentes documentales Centro de Estudios Históricos Condumex* Fondo CCLXXXVII Archivo de Manuscritos e Impresos de Lucas Alamán Tomos 79, 80 y 81 (carpetas 16, 17, 19, 20, 21). ✱

